

La viuda descalza

www.elboomeran.com

Salvatore Niffoi

La viuda descalza

Salvatore Niffoi

MALPASO BARCELONA MÉXICO BUENOS AIRES

A mi hijo Marco
A Gianfranca y Angelo

El porvenir no me asusta. Sea cual sea el fin que me espera, seguro que en otra parte, después de morir, habré de montar guardia otra vez. Sé, pero no lo digo, frente a qué ausencia o inercia o ruina.

Gesualdo Bufalino, *Il guardiano delle rovine*

Tuve por padre el destierro,
por madre la infelicidad,
mandú sarará...

Mário de Andrade, *Macunaíma*

Nota de la traductora

Como afirma Umberto Eco en *Decir casi lo mismo*, la experiencia de la traducción consiste, entre otras cosas, en negociar el significado que ésta debe expresar, y muchas veces el resultado de tal negociación no es más que una de las diversas soluciones posibles. En el caso de esta obra la negociación ha sido ardua porque afectaba no sólo al significado, sino también, y muy especialmente, a la forma.

En *La viuda descalza*, libro que Salvatore Niffoi escribió en italiano, se utiliza profusamente el sardo: palabras sueltas que salpican toda la novela y frases enteras cuyo sentido el lector debe deducir por el contexto o que aparecen vertidas al italiano inmediatamente o en otros párrafos del relato. La mayoría de los capítulos, además, terminan con una coplilla en sardo que resume el contenido de lo que se acaba de leer.

No me ha parecido prudente escamotear este rasgo estilístico con el solo fin de allanarle el camino al lector. Pero... ¿cuándo mantener el texto sardo?, ¿cuándo prescindir de él para no entorpecer la lectura y el ritmo de la frase?, ¿cómo suprimir ciertas palabras sardas que, aisladas, sin explicación alguna, no logran transmitir toda la información que contienen?

Tras largas negociaciones entre la lealtad al texto de partida, el sentido original que la traducción debía transmitir y la forma literaria he optado por varias de las soluciones posibles. He mantenido en sardo las palabras que no se alejan demasiado del castellano. Las coplillas quedan también en sardo con su traducción a pie de página, igual que las frases enteras que no cuentan en el texto original con una traducción al italiano. Obviamente he mantenido en sardo las frases que aparecían traducidas o explicadas en italiano. En el glosario que incluyo al final de la novela, el lector encontrará una

breve definición de las palabras sardas que designan realidades propias de esa cultura y que me ha parecido oportuno conservar.

Sólo me queda desear que el lector disfrute con la lectura de esta magnífica novela tanto como yo he disfrutado al traducirla.

traductora@celiafilipetto.com

Barcelona, abril de 2014

1. Me lo trajeron a casa una mañana de junio

Me lo trajeron a casa una mañana de junio, degollado, descuartizado a hachazos como un cerdo. Ni una gota de sangre le había quedado. Dos mitades que para unir las no habría bastado un ovillo de bramante negro, de ese alquitranado que usan los zapateros en las empellas de los *cosinzos* de cuero. El perro daba vueltas alrededor del níspero y gruñía enloquecido de miedo. Lo tendí sobre la mesa de granito del patio, la que usábamos para las fiestas grandes, y lo lavé con el chorro de la manguera. Las pestañas pegadas, cuajarones oscuros en la cabeza, tierra y paja en las costillas, en los intestinos, moscas verdes por todas partes. ¡Jchú! ¡Malditos sean los que le abrieron el pecho para arrancarle el corazón con las manos y patearlo como una pelota de trapo! Micheddu, *amore meu*, eras bueno como el Niño Jesús que asoma en la cúpula de la iglesia de Su Rosariu, alguien pagará esta *balentia* en contante y sonante, a navajazos o perdigones tiene que reventar el que te ha desfigurado así. El corazón se lo enjuagué aparte, con agua y vinagre; después lo envolví en papel encerado y se lo puse bajo la almohada del ataúd. *Ohi amoreddu meu adorau*, ¡buena la han hecho destrozándote de este modo! ¡Ojalá se lleve la Señora del Sueño a quienes te desearon el mal! Ya sé que ni siquiera a los animales se los lava así, pero yo no quería que a Micheddu lo tocaran otras manos: mío fue cuando estaba vivo, mío seguiría siendo después de muerto. Primero una mitad, luego la otra, con mis propias manos y la fuerza de mis brazos, lo metí en la caja y lo tapé con uno de los camiones de tela del yayo Gantina. Estaba tieso como el tronco de un alcornoque. Era inútil ponerle el traje de terciopelo negro con el chaleco y la camisa de los domingos. Los que lo vieron dijeron que el costado derecho no era suyo porque el ojo se le había puesto rojo violáceo y lo tenía entornado, como haciéndole un guiño a la muerte.

Fue un mal verano. En el altiplano de monte Leporittu un viento ardiente anclaba al azor a su nido, al mirlo entre las zarzas, a la culebra entre los juncos. El sol parecía una pelota de vidrio incandescente, quemaba cuanto tocaba. La campana de la iglesia mayor se había puesto a repicar el memento antes de que cantara el gallo. Recuerdo aquellos toques lentos y secos como estocadas en el pecho. Talán, talán, talán, talán. El ruido del bronce se propagaba en el aire llevándose cada vez más lejos el alma de Micheddu. El perro se había parado y cavaba un hoyo en el arriate de las peonías para esconder la cabeza. A Daliu, nuestro niño, para que no viera lo que le habían hecho a su papá, lo tomó en brazos tía Brasiedda y se lo llevó a casa de unos parientes del vecindario de Sas Istajeras. Vete, alma mía, vete lejos de este frufrú de faldas y botas de pastor. Lejos, que no debes respirar este hálito de muerte que se mete en la nariz y baja a los pulmones con ese olor dulzón a ciruelas y mirto. Lejos de los miserables restos de tu padre, que el recuerdo podría llagarte la memoria y trastornarte antes de tiempo.

Yo no derramé una sola lágrima. No por desamor, como pensó algún deslenguado; tampoco porque por fin hubiese terminado de sufrir, como dijo alguna bagasa vieja del vecindario de Pedi Pudios. Lloré por dentro, porque a mi marido le tenía un amor muy grande, y aunque no fuese harina para hacer hostias, nunca había matado a nadie y no se merecía ese final.

¡Jchú! ¡Malditos sean los que lo han dejado así! Si lo hubiesen matado de un tiro en la espalda yo habría sufrido menos. Pero no, ¡mierda!, me lo han desfigurado aposta para darme a entender lo que, según ellos, había que entender.

—¡Ay, Micheddu, que has dejado una esposa jovencita y un huerfanito!

«*Ora pro nobis, miserere nobis.* Jesús, escúchanos. Jesús, atiéndenos. Oh Dios, Padre Grande, consuela con la fuerza de tu amor a quienes siguen aquí e ilumina la pena con la serena certeza de que nuestro hermano Micheddu, arrancado a sus seres queridos por

manos asesinas, vive feliz a tu lado, por los siglos de los siglos, amén.

»Oh, Señor, que imploraste el perdón para tus asesinos y al ladrón arrepentido le prometiste tu reino, oh, buen Pastor, permite que el alma de Micheddu vea tu rostro en la gloria de los cielos.»

Ya se ocuparon las plañideras de embadurnar los muros, encajados a toda prisa, con los gritos y las letanías de circunstancias, ésas que no se niegan a nadie, ni a los perros.

¿Perdonar? Aquí, en Taculè, las afrentas se devuelven siempre con intereses y quien muere asesinado sin motivo no tarda mucho en llevarse consigo a otros, apenas el tiempo necesario para reponerse y que la sangre se enfríe y después, ¡buuum!, ¡revienta *cozzone*, tú te lo has buscado! Mi suegro Grisone Lisodda, que responde por Secchintrese, le besó la mejilla endurecida y, como si todavía siguiera vivo, le susurró al oído:

—¡Hijo *meu adorau*, ésta la pagarán cara! ¡De esa gentuza no dejaré ni las raíces!

En el pueblo tenían pocas dudas sobre quién debía pagar por el asesinato de Micheddu, aunque sólo hablaran frente al hogar o bajo las sábanas empapadas de pis por el miedo. Los nombres del mandante y el asesino eran un secreto a voces, desconocido como la mercancía que Licanza Zaccapiusi ocultaba entre los calzones sucios de sus amores clandestinos. Yo sabía muy bien quién le había hecho la cama. ¡Les contaron a los que tienen la sartén por el mango que andaba metido en política! Gente tan rabiosa había muy poca.

Nuestro patio se llenó enseguida de personas incrédulas y curiosas. Quienes lo temían y lo odiaban fueron los primeros en presentarse para ver a Micheddu despedazado, con las carnes listas para el infierno. Teodoricu Sanzolu, con su cara de tortuga, se permitió incluso tocarle el hombro con la mano antes de persignarse. Mi cuñada Limbone se la apretó con tanta fuerza que se la dejó lívida.

—¡*Ista siddiu!* ¡Quieto ahí y métete las manos en los bolsillos!

—le dijo entre dientes mientras lo acompañaba fuera—. ¡Vete al *campusantu* a llorar a tus muertos, cabrón!

Bagliore Padente, poca cabeza y mucho vientre, nos hizo la afrenta de inclinarse y tratar de besarlo. Istellazzu lo agarró por el cuello de la chaqueta y lo estampó contra la pared.

—¿*E comente ti permittis*, judas iscarote? ¡Miserable! ¿Erais amigos vosotros, eh? ¿O es que alguna vez bebisteis juntos?

¡Jchú! ¡Malditos sean ellos también, que habrían dado una dehesa por asistir a semejante escena y al final vieron la película gratis!

Más tarde llegaron los miedicas y los cagados, los amigos verdaderos y los falsos, a ver si podían robarnos un lamento, una muestra de dolor que recordar en las largas noches heladas, para armarse de valor junto con el vino y los malos sueños. Istellazzu, uno de mis cuñados, los alejó a todos de malos modos:

—¿Qué? ¿Es que nunca habéis visto un muerto? ¡Quitaos de en medio, que esto no es *s'iscravamentu* ni *s'incontru*!

La verdad era que habían visto muchos cadáveres, pero mi marido no era un muerto cualquiera, era Micheddu, conocido como Calavriche, el forajido, el rebelde.

¡Ay, qué día! Sabor a lechuguilla en la garganta y un montón de cucarachas peludas que me correteaban por el estómago. ¿Pero por qué me lo mataron? En nuestra tierra, en Laranei y Taculè, te vuelves bandido deprisa. Basta con que digas no en el momento equivocado, que te dejes llevar por el odio, el orgullo, el aguardiente o los celos. En nuestra tierra gritamos la desesperación a voz en cuello, pero nos callamos el dolor, la injusticia. Y a Micheddu le jugó una mala pasada la sinjusticia enviada por los judas lameculos, esa que todos quisieran mantener lejos de la propia casa. Quien le había partido las costillas con el hacha, quien le había rajado la médula hasta el ojete, era una persona experta que nunca fallaba ni un milímetro. Era fiera diestra en trabajar la carne de cristiano, en complacer a quienes mandaban: corta aquí, corta allá. ¡Jchú, *burdos* de

Meana, hijos de cien padres surtidos! ¡No os dará tiempo a presumir de lo que habéis hecho! ¡Haré que se os hielen los pies!

Un olor fétido a intestinos vueltos del revés impregnó nuestra casa durante mucho tiempo. Incluso ahora que la lengua de la venganza ha dejado de gritar porque se ha desprendido como la cola de un eslizón y espera en silencio, cuando llueve se nota ese hedor. El perro de Micheddu se dejó morir de hambre encima de su tumba como una flor de carne ajada. Mi hijo Daliu, como presa de un mal sueño, se revolcó por el suelo dos semanas seguidas gritando el nombre del padre al que nunca conoció. Daba miedo verlo, *mis-chineddu*: parecía un loco. Sé que si hubiese podido hablar habría dicho:

—¡Papá, papaíto mío! ¿Por qué no vienes por las noches a dormirme? ¡Ven, papá, ven a hacerme cosquillas en el cuello, como hace tío Basilu con mi amigo Jacuminu, así nos reímos juntos! Ven a despertarme por la mañana con un beso en la punta de la nariz. ¡Ven, papá, ven que te regalo tres bellotas, una honda y una moneda antigua!

¿Y yo? ¡Yo ya no puedo con mi alma! Me siento un animal herido que no sanará nunca más, una loca que finge estar cuerda a la espera de... Menudo cáncer me está comiendo el cerebro. En el bastidor de mi cama, donde antes saltaba el amor con sus mil cabriolas, ahora, en la oscuridad, sólo danzan el odio y la venganza, como brujas malditas que me llaman cuando duermo.

—¡Por Micheddu y vuestro niño, hazlo por ellos! ¡No dejes que quien desjarretó vuestro futuro viva un solo día más! ¡Anda! ¡Anda, véngate! ¡Mata a quien ha matado tus sueños!

Las ganas de abalanzarme sobre él y dejarlo panza abajo en el suelo eran enormes. Ahora mi llanto se confunde con el chirrido de las ruedas de los carros que avanzan por el empedrado. Mi llanto, ahogado por una regurgitación que sabe a miel y a corteza de mandarina, es triste como el lamento de una niña hambrienta, atormentada. Siento ya en la cabeza el rumor del oleaje que, en la oscu-

ridad, me arrastra lejos como un tronco ligero, hacia una vida que no sé imaginar, siento un olor a herrumbre y a sal que nunca antes había notado. Ay, qué misterio nuestra existencia. Crees haberle dado cuerda al reloj del tiempo, y de repente el muelle se parte y trac, todo se rompe en pedazos. El segundero avanza por su cuenta y tú te quedas colgado de las agujas como un insecto pegado a la rama del melocotonero untada con liga de muérdago.

Esa desgraciada mañana, al despertarme, las sábanas estaban pegajosas y olían a baba nocturna cuajada por el sueño. Una fetidez desconocida. En un duermevela que hacía visible lo invisible me había pasado toda la noche pensando en Micheddu. Micheddu, que trataba de abrir una pesada verja de hierro para entrar a escondidas en el cementerio. Micheddu, que robaba los huesos de un féretro para traérmelos de regalo atados como un ramo de flores. Micheddu, que tomaba forma de roca y ocultaba para siempre la luz del sol a los habitantes de Taculé y Laranei. Micheddu desnudo, que cantaba mientras quemaba gavillas de heno en compañía de la señora Ruffina. Micheddu enganchado al estribo de su caballo, que lo arrastraba enloquecido hacia el promontorio de Sa Preda Ruja. Micheddu, que gemía como si estuviera de parto y después paría un enorme ratón sin pelos y sin cola. La tierra temblaba bajo un tamborilear de cascots y se abría despacio para tragárselo ante mis propios ojos. ¡Ay, qué mal augurio! Me parecía estar viéndolo de veras, hasta podía tocarlo si alargaba la mano. La cara se le ennegreció de repente y se puso a hablar con voz ronca, como si hubiese mascado hojas de ortiga. Las palabras le arañaban la garganta y las acompañaba con sonidos toscos, cro cro cro, mi mi mi, to to to, su voz parecía provenir del más allá. La verja del camposanto se cerró de golpe a su espalda y él, arrancándose el cabello con las manos, ya no conseguía gritar mi nombre. A partir de esa noche de visiones empecé a creer en los presentimientos y las señales que vienen de lejos. Después de su muerte, como las otras viudas de Taculé, al atardecer subía la cuesta de Chirilai para ir a visitarlo, con el cubo lleno de

flores recién cortadas, el trapo y el escobillón. Yo también me acostumbé a hablar con las ánimas, a besar sus labios en la foto esmaltada, a levantar la mano hacia los cipreses para saludarlo y a sentir la suya que, con una caricia, le desgrena el pelo a Dalíu.

La misa de difuntos la despachó don Zippula en la iglesia de Su Rosariu. Una homilía pronunciada como caminando sobre el filo de la chaira, con el temor de decir y no decir. ¡Perdonar! ¡Perdonar! ¡Perdonar! ¡Asesinar debería haber dicho! Peor que las plañideras era ese gusano vestido de negro. Según él, había que perdonar a quien hubiese matado a Micheddu porque era un hermano que se había equivocado, porque hacía falta más valor para padecer que para acuchillar, de lo contrario, a ese paso, las calles del pueblo se iban a llenar de cruces.

— ¡Hay que perdonar! ¿*Cumpresu?*

El plomo en piel ajena muda en granizo. ¡Perdonar y un pimiento, padre Zi! ¡Ésta nos la pagan! ¡Tiene razón papá Grisone, no es algo que pueda echarse al olvido! La parte de abajo del portalón negro de la iglesia llevaba esculpidos unos lirios grandes, y los paneles superiores, dos ángeles con un cirio en la mano. Mi marido era mucho más hermoso que esos ángeles. ¡Jchú! ¡Malditos sean quienes me lo mandaron al cielo antes de tiempo! Lo habían matado en los campos de Sos Agrestes. Después de *s'interru*, para mí los amanececeres llegan todos iguales, mudos y espectrales, apenas interrumpidos por el graznido de los cuervos que apagan la sed en el cubo del pozo y por la voz de mi madre que, desde el alba, se pone a rezar con su rosario de aguamarinas. Mamá Narredda me ha perdonado y viene a hacerme compañía. Yo nunca se lo he dicho, pero creo que en el fondo de su corazón se alegró del final que tuvo Micheddu. No lo decía con palabras, pero se entendía por los gestos y los ojos que le bailaban de gusto disimulado, como si dijera:

— ¡Pasó tal cual te lo dije! ¡Sorda como una tapia estás! Si me hubieras hecho caso, ahora no estarías así.

Mamá Narredda disfrutaba disponiendo de mí en un momento

en que la vida me había tumbado como un saco vacío. Yo la dejaba cantar porque no quería añadir escándalo al escándalo echándola de casa. De hecho, creo que jamás la quise por culpa de ese engolamiento que ofendía a cuantos la rodeaban. El tiempo no la había cambiado. Se pasaba las horas pontificando acerca del prójimo, desgranando el rosario, lavando ropa, cocinando lo de siempre, rezando.

—¡Dios mío, ven a salvarnos! ¡Señor, acude pronto en nuestra ayuda!

De las últimas horas de aquella tarde de agosto, cuando la lluvia caía a ráfagas y partía las tejas, aún hoy recuerdo con miedo estas palabras suyas mezcladas con los rezos:

—El ángel no tardará en anunciar a Tonia que se convertirá en madre de Dios.

De repente dejó de rezar el rosario y empezó a reírse a carcajadas como una loca. Todavía no he conseguido entender qué ocultaban sus palabras delirantes.

Tras la muerte de Micheddu, los días pasados en Laranei los mantuve encendidos como un cirio grande, para encontrar en su llama la fuerza de criar a nuestro hijo en gracia de Dios, ese hijo que se parece al padre hasta en las uñas curvadas de los pies. En cuanto el sol se hundía en un caldero de ámbar líquido detrás de las colinas, la oscuridad descendía sobre las calles del pueblo como una rapaz. A veces me escondía debajo de las sábanas y perseguía mis propios pensamientos tratando de entender lo que me quedaba por entender de mi vida. La fuerza de seguir adelante la encontré en mi obstinación y en el cuidado de esos campos grandes como pañuelos que me dejó mi difunto marido; allí, cada rama, cada hoja, cada fuente, cada lagartija, cada mariquita voladora me hablaba de él. Cuando desde lo alto del nurago Loghelis veía al azor bajar en picado sobre el llano de Maluvò para atrapar una culebra, sentía que en lugar de brazos tenía alas. Entonces, con un trocito de corcho que llevaba siempre en el bolsillo, me rascaba las yemas de los dedos hasta hacerlas sangrar y decía para mis adentros:

—¡Calma, Mintò! ¡Calma, que el despertador todavía no ha sonado, el muelle todavía está tenso!

Los huertos de Sos Ispilios, la dehesa de Maluvò, las viñas de Tumui y Basarulè, el niño, eso me quedó de Micheddu, que no es poco. La venganza podía esperar, la criaría durante un tiempo junto con Daliu, fuerte como un roble, regándola todos los santos días con mi rabia. La alimentaría con el dolor, la templaría con el fuego del odio. Durante meses caminé en silencio por los campos de cebada y avena de Maluvò arrastrando un bote vacío atado a un trozo de bramante para que su ruido me hiciera compañía: cataclac, clac, clac, cataclán. Junto a las aguas cobrizas del río Firchidduri, donde los alisos se abrazan como recién casados y no se separan hasta el último remanso de Sos Voes Thopos, tenía la sensación de que Micheddu seguía vivo, que estaba allí para escucharme y besarme como en otros tiempos. ¡Ay, *Deus meus*, cómo cortan los recuerdos! Me llenaba la boca de agua y la lanzaba lejos. Cuántas noches, desde la cima de Cogoddìo, contemplé la luna de Barbagìa, que se dejaba patear por las nubes antes de rodar feliz por la ladera granítica de Preda Carpia. Allá arriba me emborraché de sonidos, olores y luces durante tardes enteras, paseé la mirada más allá del llano luminoso de Murtedu, alargué el oído para sentir el silencio del horizonte sin fin de la cima de Su Ciarumannu. Allá arriba, para no acabar enloqueciendo, empecé a escribir mi historia, lápiz en mano, las páginas del cuaderno crujiendo al viento. Allá arriba oí gritar con más fuerza la voz de la venganza:

—¡Mata y desaparece! ¡Eso debes hacer!

Ahora, en la soledad de esta casa, masco veneno. No quiero pensar en el momento en que estaré lejos de aquí, no quiero actuar antes de tiempo. Ni siquiera sé adónde iré. Pero siento que debo marcharme para poner a salvo a la criatura, para que tenga un futuro mejor, lejos de esta tierra que se ha tragado la sangre de su padre sin darme ni las gracias. Después de la venganza, tendré todo el tiempo del mundo para terminar de escribir la historia, para soplar

por última vez sobre la niebla algodonosa que, como una blanda peste blanca, envuelve los tejados de las casas de Taculè.

¡Canta, yaya, canta!

*Mortu ana a Micheddu
irgannau che unu mannale
onco bos apergiana su cherveddu
a corfos de istrale.¹*

1. A Micheddu lo han matado / cual si fuera un animal. / Así les partan los sesos / a golpes de destral.

2. A Itriedda Murisca le dio vueltas y más vueltas la cabeza

A Itriedda Murisca le dio vueltas y más vueltas la cabeza y las piernas le temblaron como tallos de asfódelo. Apretó el cuaderno contra su pecho y con la boca abierta corrió a abrir de par en par la ventana de la claraboya en busca de aire fresco. Tras la lectura de las primeras páginas, los sofocos del climaterio disolvieron el hielo del miedo en granos de sudor ceroso. Aspiró varias veces con fuerza, ávidamente, como si quisiera beber un poco de cielo. Con un suspiro fue a agacharse junto al cesto de corcho donde conservaba las cartas de amor de Lucianu Capithale. Olió el papel del cuaderno y el terciopelo desteñido de la tapa. El olor del pasado la hizo estornudar cinco veces, como si en la nariz le hubiese entrado el polvo del tiempo. Cerró los ojos para evitar las zarpas del sol que arañaban los cristales y, siguiendo las sombras que se filtraban a través de los párpados, fue con la memoria a la caza de recuerdos. Tía Mintonia Savuccu tenía mil caras y una sola voz. La voz que, aquella mañana de invierno, cuando ella era niña, le había susurrado al oído unos versos:

*Itriedda pitzinna minore
sa vortuna una die ata arribare
dae s'ala 'e su coro
pro d'acher ammentare e ballare
Itriedda pilos de oro.¹*

Tuí tiiú, tuí. El silbido del cartero entró en la casa del vecindario de S'Atturradore Mannu como el canto líquido de un verderón

1. Itriedda, pequeña mía, / llegará la fortuna un día / a tu corazón como un tesoro / y te acordarás de bailar. / Itriedda, cabellos de oro.